

LA PALABRA HÚMEDA EN *TODOS* LOS NOMBRES DE JOSÉ SARAMAGO

July Lizeth Bolívar

Al “mestro” Javier Bejarano Delgado.

José Saramago, escritor portugués, llegó a mí por el azar, gracias a un personaje que me ha enseñado que la poesía es una casa y al cual agradezco con la sinceridad en las manos el día que llenó mi maletín de otros ejemplares, como buen punto de partida para la construcción de mi biblioteca de cuartito.

Inicié y caí en lo evidente. Sólo Don José, personaje principal, tiene un nombre como el que nos asignan legalmente al nacer, pero luego me vino frente a un nombre, sino al hecho mismo de llamar a la urdimbre de la realidad a través de la enunciación del verbo. Los nombres no son exclusivos de personas. También decimos amor, miedo, riesgo, parque, plaza, ático. Es cierto, la mesa es mesa como nos han enseñado en la escuela, pero las formas de recordar esa mesa imprimen un sentido único a su totalidad, y abren la posibilidad de llamar por medio de la palabra.

El afán de nombrar es una pulsión, el intento por mantener el control sobre lo que hacemos. El lugar de trabajo de don José es la Conservaduría General del Registro Civil. No es lo mismo decir Director o Conservador (sin ánimo de agitaciones políticas, sólo obedeciendo al recinto) a Subdirector, Oficial y finalmente Escribiente, ello en la jerarquía convencional burocrática. No se sabe si se trata de un Mario o Armando (porque en esta escala no figura una Gabriela o Pilar), sólo se trata del Jefe o Escribiente y su status social. En una mirada

espacial, dentro de la Conservaduría hay pilas enormes de los registros de los vivos y muertos, separados en dos cuartos para que no se contaminen, esta una absurda impostura institucional de orden con la justificación inocua de facilitar el trabajo. Esta multitud de papeles es creciente y confusa, algunas veces difícil de alcanzar, provocando un vértigo perdurable una vez don José sube las escaleras para tomar algún registro.

Se dice que se conoce a alguien por el nombre, lo cual resulta ser una atribución hipócrita y ofensiva a la humanidad, a mi juicio. En el Libro de las Evidencias se alude a la vulnerabilidad del carácter nominativo: “conoces el nombre que te dieron, no conoces el nombre que tienes”, que Saramago toma como epígrafe para su libro dando lugar a que lo que menos evoca la unicidad del ser es el nombre. Como identidad legal para trámites bancarios (por ejemplo), el nombre permite puntos, comas y partículas en una grafía crítica como firma de médico. Sin embargo, no explicita colores favoritos o temores que aplacan o alimentan, tornándose (el nombre) inicuo pero indispensable.

Don José (Saramago) prefiere llamar Mujer Desconocida a la que halló, intrusa o no (no se sabe), entre las fichas de registro don José (el personaje del libro). Este acostumbra coleccionar noticias de



personajes famosos, re-conocidos (en el sentido mass- mediático del término), y aportar datos de esos nombres según la información de sus registros en la Conservaduría y no agotar su afición, pues llegan a ser cerca de cien los coleccionados. En este apartado, atendiendo a la similar condición temporal de los cuerpos de los hombres y los libros, Paul Valéry refiere: “los libros tienen los mismos enemigos que el hombre: el fuego, la humedad, los animales, el tiempo y su propio contenido”, siendo don José un héroe al salvar del tiempo a las viejas fichas.

Como el mejor frugal, don José atrapa lo que está dentro de su espectro (no celebridades extranjeras) en un capricho de coleccionista que resulta seductor. Pero volvamos a la Mujer Desconocida. En un impulso consciente (luego de hallarla), toma su dirección y la busca en su domicilio. No la encuentra, pero conversa con la Señora del Entresuelo Derecho, su cómplice indirecto durante el relato, para luego vacilarnos con que en el autobús que toma al marcharse, una mujer recostada sobre el vidrio junto a la humedad de la calle le resulta familiar, se le parece mucho a la Mujer Desconocida.

Don José goza de postergar la búsqueda: ¿Por qué no ir a la guía telefónica y llamarla sin mayor reparo? se dice, pero es cuando aparece el freno de dejar las posibilidades en remojo. Es en el Colegio de la infancia de la Mujer Desconocida en donde continúa su ambición de conocerla. Decide ser un asaltante de la institución educativa, no un ladrón (lo bastante sano para el patrimonio público y la propiedad privada). Y es que a Don José la humedad lo persigue, lo ayuda. Una lluvia recurrente lo acompaña en cada paso, y al penetrar en el colegio le consume las ropas, siendo un signo de evidencia innegable ante los vecinos, durmientes en medio del aguacero. Se

dice, desde los tiempos clásicos que la fortuna protege a los audaces, en este caso el intermediario encargado de la protección fue la lluvia, con otras palabras, el cielo directamente (Saramago, 1997, p. 107).

Guiándose por el mandato de sus caprichos, don José también deja entrever una reflexión sobre la escuela y su colección de saberes gastados. Incluso se pregunta por Dios dentro de un fino detenimiento existencialista presente a lo largo de la narración...

Hay quien dice que Dios antes de amasar el barro con que después fabricó al hombre y la mujer, comenzó dibujándolos con una tiza en la superficie de la primera noche, de ahí nos vino la única certeza que tenemos, la de que fuimos, somos y seremos polvo, y que en una noche tan profunda como aquella nos perderemos (p. 120).

...quedándonos en la vulnerabilidad de ser borrados, débiles con un solo soplo y viendo que el cielo oscuro y sus estrellas resultan ser una nota de ensayo de Dios. Don José es un hombre solo que ronda entre los 40 y 50 años. No quiero decir que por ello necesite compañía, pero es poco común en hombres de su edad tener una sensibilidad al misterio y al juego tan deliciosamente quisquillosa. Don José se hunde en las huellas del tiempo de la Mujer Desconocida, en cada polvo y evanescencia que ha dejado en los lugares y sus muertes.

La figura del umbral, de la penumbra es la constante. Don José busca trasgredir cada puerta, no sólo la de su cuarto para dirigirse a los anaqueles de la Conservaduría (pues por una antigua distribución del espacio, su vivienda es la única que permanece junta) y la de la escuela,



sino las de su propio encierro, de cuya pugna es testigo el techo. Y sí, “la sabiduría de los techos es infinita” (p. 197), así don José supone los diálogos que oscilan entre la angustia y la razón, cuando se encuentra recostado en su cama, mirando hacia arriba y le cuenta al techo lo que piensa hacer en cada momento:

Vivía en paz antes de esta obsesión absurda, andar buscando a una mujer que ni sabe que existo, pero tú sí sabes que ella existe, el problema es ése, mejor sería desistir de una vez, puede ser, puede ser, en todo caso acuérdate de que no sólo la sabiduría de los techos es infinita, las sorpresas de la vida también lo son, qué quieres decir con esa sentencia tan rancia, que los días se suceden y no se repiten, ésa es más rancia aún, no me digas que en esos lugares comunes consiste la sabiduría de los techos, comentó desdeñoso don José, no sabes nada de la vida si crees que hay alguna cosa más que saber, respondió el techo, y se calló (p. 198).

Don José (la angustia) y el techo (la razón) en una personificación loable. El último lo separa de la lluvia (no de la humedad) abrazándolo en la cavilación infinita. Vencer la cerradura o tener una llave no siempre es necesario. Las personas también pueden ser un resquicio de asalto, como la Señora del Entresuelo Derecho que guía a don José en la turbiedad de sus pesquisas, incluso es una más. Ha de ser importante el cómo abrir las puertas, no cuántas.

Recuerdo un pasaje en que don José conversa con un Pastor en el Cementerio de la ciudad sobre la cuestión de las certezas de la vida o la muerte, pero en definitiva, no quiero arruinar el final. Más bien, respecto a la manifestación del poder burocrático subyacente y conductor de la

narración, considero que desemboca en una reconciliación generosa tanto con don José como con su Jefe, pues luego de una tensa relación cabeza- súbdito (en términos de la Conservaduría) hay algunas luces de salvedad. El salto del Cementerio a la Conservaduría en el presente párrafo no es una disonancia, sólo un escamoteo licencioso.

No hay que olvidar que para don José su cuerpo es objeto de sospecha en cuanto a sus excursiones nocturnas, frente a los demás. Algunos resfriados lo muestran débil en un semblante desgarbado (como si el día le quietara la claridad), lo que concentra la atención del Jefe y, por ende, sus visitas al cuarto de don José. También, las del médico y sus peligrosos reportes, producto de una auscultación no sólo física.

La Conservaduría resulta ser una metáfora de la sociedad: desde la óptica del trabajo asalariado, las distanciadas relaciones internas y la despersonalización del empleado. También, las instituciones de control poblacional, en este caso la Conservaduría, la intimidad del individuo violentada por autoridades sea o no de uniforme, en una reflexión global sobre la coexistencia de los vivos y los muertos, ambos arrumados, cuantificados, fáciles de localizar, sea en el Cementerio, en la misma Conservaduría o en las escuelas.

Como recurso para la caracterización del personaje de don José y sus acciones, el elemento agua (y en general la humedad) lo delata o lo mantiene oculto. Atendiendo a la mirada sobre las aguas quietas y en movimiento (Bachelard, 1993) hay dos sentidos en torno al reflejo: “el espejo de la fuente ofrece, pues, la oportunidad de una imaginación abierta. El



reflejo un poco vago, un poco pálido, sugiere una idealización [...]. Los espejos de cristal, en la viva luz de la habitación, dan una imagen demasiado estable” (p. 65).

Sin embargo, don José no se refleja; sus condiciones no alcanzan el agua abundante, sólo la humedad, una que puede ser el goteo insinuante de una emoción a chorros o el rezago moribundo de un sueño que no alcanza a ser agua, así emerge de ella. Don José (¿Saramago o el de la Conservaduría?) ve el agua como un elemento externo, sensualizado, y no salvaguarda la humedad de su saliva, del sudor, las lágrimas y la angustia. Erotiza la lluvia que se vale de lo perceptible para manifestarse, pero que ya existe de lleno en el imaginario y la aspiración de don José. La Mujer Desconocida resulta ser entonces un recuerdo húmedo, frágil y profuso.

Don José, y el tránsito de la historia en los tiempos nocturnos (los que en un principio parecen escaparse de la intensa vigilancia laboral), entrañan una fundición que convoca al ahogo, desde la dimensión de lo erótico. No hay que olvidar también su hilo de Ariadna, que lo conduce entre la densa oscuridad de la Conservaduría en cada expedición; ni tampoco su linterna, en un paso de luz a tientas, encarnando su propia luz.

Personas así como este don José, se encuentran en todas partes, ocupan el tiempo que creen que le sorba de la vida juntando sellos, monedas, medallas, jarrones, postales, cajas de cerillas (...), lo hacen probablemente por algo que podríamos llamar la angustia metafísica, tal vez porque no consiguen soportar la idea del caos como regidor del universo, por eso, con sus débiles fuerzas y sin

ayuda divina, van intentado poner algún orden en el mundo, durante un tiempo lo consiguen, pero sólo mientras pueden defender su colección, porque cuando llega el día en que se dispersa, y siempre llega ese día, o por muerte o por fatiga del coleccionista, todo vuelve al principio, todo vuelve a confundirse (Saramago, 1997, p. 24).

Por mi parte creo no coleccionar nada, aunque en mi nombre se hallan muchos otros nombres con sus historias y destierros. Como don José, personaje principal de *Todos los nombres* (1997) novela de José Saramago, es preciso en algunos momentos o entregarse al azar o evadir sus mensajes, sin negar la condición primigenia de su asalto. La humedad de una mujer en su misterio, lo invita a un juego de tiempos insospechados en el tránsito de lugares cerrados e imágenes solitarias de carnes pero no de evocaciones. No sé si el hecho de comprar libros, recibirlos regalados o tomarlos en préstamo de una biblioteca sea parte de esa angustia metafísica de coleccionar, de querer ordenar el caos. Sólo doy cuenta de que es un deseo común, naturalizado, que es una pregunta de algún otro nombre de otro tiempo que ahora es inmortal en el libro.

Referencias

Saramago, J. (1997). *Todos los nombres*. Madrid: Grupo Santillana.

Bachelard, G. (1993). *El agua y los sueños*. México: Fondo de Cultura Económico.